

"Cómo Soportó Jesús"

La vida está llena de luchas: estrés laboral, cargas financieras, luchas familiares, enfermedad y vejez. Enfrentamos las luchas de la tentación, el dominio propio, el pecado y la culpa. Jesús enfrentó tremendas luchas en Getsemaní y en la cruz. ¿Cómo se mantuvo calmado en la cruz, cuando la gente se burlaba y lo maltrataba? ¿Cómo evitó llamar a doce legiones de ángeles?

La palabra "lucha" significa que algo es difícil o exigente. Algunas luchas nos tientan a desanimarnos y a rendirnos. Cuando la vida se pone difícil, todos deseamos tener más capacidad para luchar, para disciplinarnos a hacer lo correcto. No queremos renunciar a nuestra fe, sino tener una mayor devoción al Señor. Amamos al Señor.

¿Has considerado cómo Jesús soportó las últimas horas antes de su muerte? Cuando Jesús fue al Huerto de Getsemaní, Él sabía qué sufrimientos enfrentaría. Sabía que Judas lo traicionaría y que Pedro lo negaría. Sabía que enfrentaría falsas acusaciones, blasfemias y azotes. Oyó a la multitud pedir que Barrabás fuera liberado y que Él fuera crucificado. Jesús vio a Pilato lavarse las manos de la situación y entregarlo a los judíos. Sintió el peso de la cruz sobre su espalda ensangrentada y la corona de espinas sobre su cabeza. Nunca hubo un día en que alguien tan bueno fuera tratado tan cruel y con tanto odio. La humanidad hizo lo peor contra Jesús. ¿Cómo perseveró?

Nuestra lectura de hoy proviene de 1 Pedro capítulo 2 versículos 21 al 24. Y allí Jesús nos llama a seguir Su ejemplo.

"Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas; EL CUAL NO HIZO PECADO, NI SE HALLÓ ENGAÑO EN SU BOCA; quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente; quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados."

Esa es una lectura de la santa Palabra de Dios. Oremos juntos. Padre celestial, estamos muy agradecidos de que Jesús estuvo dispuesto a sufrir. A sufrir grandemente por nuestros pecados. Y Padre, ayúdanos a morir al pecado y a vivir para la justicia. Ayúdanos a ser el pueblo que Tú quieres que seamos. Y Padre, ayúdanos a soportar cualquier problema que se presente en nuestro camino. En el nombre de Jesús, Amén.

Jesús eligió enfrentar la lucha. Él podría haberla detenido. Recuerden cuando los soldados y Judas vinieron por Jesús en el huerto. Mateo 26:51 al 54 dice: "Pero uno de los que estaban con Jesús extendiendo la mano, sacó su espada, e hiriendo a un siervo del sumo sacerdote, le quitó la oreja. Entonces Jesús le dijo: Vuelve tu espada a su lugar; porque todos los que tomen espada, a espada perecerán. ¿Acaso piensas que no puedo ahora orar a mi Padre, y que él no me daría más de doce legiones de ángeles? ¿Pero cómo entonces se cumplirían las Escrituras, de que es necesario que así se haga?"

Bueno, ¿cuáles fueron las fuentes internas de la fortaleza de Jesús? ¿De dónde sacó el valor? ¿Dónde encontró Su valentía, Su fortaleza y Su poder para soportar? Ahora bien, si podemos entender sus fuentes de fortaleza y si esas fuentes están disponibles para nosotros, ¿sabes qué?, nosotros también podemos soportar nuestras luchas. Reconozco que Jesús tenía poderes milagrosos como el Hijo de Dios,

pero Jesús no usó poderes milagrosos para superar la agonía de la cruz. Él usó fortaleza interior. Bueno, ¿podemos encontrar esa fortaleza?

Ahora, Jesús recurrió a maravillosos recursos de fortaleza no milagrosos en medio de su lucha. Por Su gracia, Él pone estos recursos a nuestra disposición. Y nosotros podemos disfrutar de Su fortaleza en nuestras vidas. Efesios 6 y versículo 10 dice: “Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor, y en el poder de su fuerza.” Necesitamos la fortaleza de Cristo.

Primero, Jesús vivió con la seguridad de que no estaba solo. En Juan 16:32 Jesús dijo: “He aquí la hora viene, y ha venido ya, en que seréis esparcidos cada uno por su lado, y me dejaréis solo; mas no estoy solo, porque el Padre está conmigo.” Jesús mantenía una relación cercana con Su Padre en el cielo. Jesús frecuentemente tomaba tiempo para orar al Padre. Sus oraciones estaban edificadas sobre el amor y la unidad de propósito. Jesús amaba al Padre y estaba dedicado a Su voluntad.

Por esto Pedro nos exhorta en 1 Pedro 2:21 al 24: “Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas; el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca; quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente; quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados.”

Como ves, Jesús seguía encomendándose a sí mismo, poniéndose en las manos de Su Padre. Jesús oró cuatro veces en su lucha. Primero, en el huerto, Jesús oró en Lucas 22:42: “Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya.” Mientras clavaban Sus manos y Sus pies, Jesús oró: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lucas 23:34). En angustia Jesús clamó: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (Mateo 27:46, pero está citando el Salmo 22 versículo 1). Y cuando exhaló Su último aliento y murió, dijo: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” (Lucas 23:46). Jesús se mantuvo cercano al Padre. Nosotros también podemos hacerlo; cuando tenemos días difíciles, podemos estar cerca. Entrega tus problemas a Dios—¡aun Jesús hizo esto!

En los momentos más difíciles, nosotros también podemos encomendarnos a las manos de Dios. 1 Pedro 4:19 dice: “De modo que los que padecen según la voluntad de Dios, encomienden sus almas al fiel Creador, y hagan el bien.” A veces todo lo que podemos hacer es ponernos en Sus manos. Amo este poema: En tus manos, Padre, en tus manos, encomiendo mi espíritu en tus manos. Todo lo que soy y tengo te lo entrego. Tu amor y tu gracia me sostendrán, Porque Tú sabes lo que es mejor y lo que debo hacer, Así que dejo mi alma dentro de tus manos.

Una segunda fuente de fortaleza para Jesús fue Su pasión por Su misión. Jesús vino a este mundo para salvar a las personas de sus pecados. Y nunca lo olvidó. En Lucas 19:10 Jesús dijo: “Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido.” Él se preocupaba profundamente por cada persona. Pablo dijo en 1 Timoteo 1:15 al 16: “Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero. Pero por esto fui recibido a misericordia, para que Jesucristo mostrase en mí el primero toda su clemencia, para ejemplo de los que habrían de creer en él para vida eterna.”

Jesús se enfocó más en salvarnos a nosotros que en salvarse a sí mismo. En Mateo 20:27 al 28 Jesús dijo que: “y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo; como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos.” Jesús en la cruz estaba preocupado por las personas. Mientras clavaban Sus manos y Sus pies, Él estaba orando: “Padre, perdónalos; porque no saben lo que hacen” (Lucas 23:34). Tal amor, te confieso, está más allá de mi comprensión.

¿Pudo Jesús, mientras estaba en la cruz, ver a las multitudes de personas que le seguirían en el futuro? Me refiero a Su pueblo de todos los tiempos, en todos los lugares—cada persona que creería en Él, lo amaría y obedecería el evangelio. Me pregunto si Jesús pudo ver a todas las personas en cada país y siglo, en las iglesias adorando al Padre. Quizá también estaba pensando en ti, mi amigo, preguntándose si tú le servirías. Jesús murió para trasladar a las personas del dominio de las tinieblas y llevarlas a Su reino, donde hay perdón de pecados. Él quería que Su pueblo estuviera con Él en el cielo.

Hebreos 12:1 al 2 nos recuerda ser fieles: “Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios.” La cruz no fue una experiencia alegre, pero saber que Sus amados un día disfrutarían del cielo para siempre lo mantuvo motivado para soportar la cruz.

La tercera fuente de la fortaleza de Jesús fue Su amor eterno e inagotable por Su Padre y por las personas. Juan nos habla del encuentro de Jesús con Sus discípulos la noche antes de ir a la cruz. Juan 13:1 dice: “Antes de la fiesta de la pascua, sabiendo Jesús que su hora había llegado para que pasase de este mundo al Padre, como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin.” Jesús estuvo dispuesto a recibir lo peor que los hombres podían darle debido a este amor abrumador dentro de Él. Verdaderamente es difícil imaginar tal amor.

Es casi como si Jesús dijera: “Hagan conmigo lo peor, aun así los amaré. Dispérsense, niéguenme, traiciónenme, maldíganme, ¡y aun así los amaré!” Jesús amó a las personas que lo crucificaron y lanzaron insultos contra Él. Recuerda: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.” Jesús amó a las personas a pesar del hecho de que Él odiaba el pecado que las separaba de Su Padre.

Apenas puedo entender o explicar tal amor. Cuando Pedro predicó en el día de Pentecostés a las personas que crucificaron a Jesús, fueron compungidos de corazón y clamaron: “¿Qué haremos?” Y el Señor abrió Su corazón y les ofreció el perdón de sus pecados si se arrepentían y eran bautizados en Su nombre. Él no negó Su amor a nadie que estuviera dispuesto a venir a Él con fe, obediencia y amor.

Mientras estaba en la cruz, el amor de Jesús nunca falló; el verdadero amor nunca falla (1 Corintios 13 versículo 8). El amor significa hacer lo que es mejor para otros a cualquier costo—y eso es lo que Jesús hizo. Pablo dijo en Efesios 2:4 al 5: “Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos).” Jesús estuvo dispuesto a pagar el precio máximo por tu perdón, por tu esperanza y para que tengas un hogar en el cielo.

Es ese amor el que crea en nuestros corazones una gratitud y acción de gracias tan maravillosas. La palabra para gracia en griego es charis. La palabra para gracias en griego es charis, la misma palabra. Esta palabra básicamente significa favor. Cuando Dios nos da Su favor, eso es gracia. Él nos perdona por Su amor y misericordia. Y la gracia es Su don inmerecido para nosotros. Cuando damos nuestro favor a Dios, se manifiesta en forma de acción de gracias y aprecio. Dios no necesita nuestra misericordia ni nuestro perdón; nosotros necesitamos los Suyos. Nuestra tarea es estar lo suficientemente agradecidos como para entregarnos a Él.

Ahora piensa conmigo en lo que Jesús hizo por nosotros. Mateo 16:21 al 23 dice: “Desde entonces comenzó Jesús a declarar a sus discípulos que le era necesario [sí, le era necesario] ir a Jerusalén y padecer mucho de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas; y ser muerto, y resucitar al tercer día. Entonces Pedro, tomándole aparte, comenzó a reconvenirle, diciendo: ¡Señor, ten compasión de ti; en ninguna manera esto te acontezca! Pero él, volviéndose, dijo a Pedro: ¡Quítate de delante de mí, Satanás! Me eres tropiezo; porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres.” Jesús nunca puso Su mente en otra cosa sino en la voluntad de Dios y en salvarte a ti y a mí. Él se enfocó en rescatarnos; Su sufrimiento y Su muerte tenían que suceder.

Y nuestra respuesta a Él debe ser de profundo amor y compromiso. Debemos decir con el apóstol Pablo en Gálatas 2 y versículo 20: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí.” ¿Vives y respiras a Jesucristo? ¿Es Él lo primero y más importante en tu vida? ¿Es Él en quien piensas primero en la mañana y lo último en la noche? ¿Vives por fe en el Hijo de Dios? ¿Y morirías por Él?

Pablo dijo en 2 Corintios 5:14 al 15: “Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos.” Ese amor que Él mostró por ti y por mí debe hacer una diferencia en nuestras vidas y en si estamos dispuestos o no a sacrificarnos por Él. Debe hacer una diferencia en nuestra vida moral, en si vamos a la iglesia, en cómo tratamos a los demás, y en si hablamos a otros de Jesucristo.

Nuestra fortaleza espiritual proviene de amar al Señor con todo nuestro corazón. Y somos capaces de llevar las cargas de la vida porque nuestro Padre está con nosotros, porque estamos enfocados en la voluntad de Dios en nuestras vidas, y porque nuestro amor por Dios y por los demás nos mueve a vivir por una causa más grande que nosotros mismos.

Sí, podemos tener esos recursos. Oremos juntos. Padre celestial, estamos muy agradecidos de que Tú diste a Tu Hijo Jesús. Y de que Él estuvo dispuesto a sacrificarlo todo por causa de nosotros. Padre, ayúdanos a ser amantes de Ti y de nuestro Señor Jesucristo. Ayúdanos a entregarnos completa y totalmente. En el nombre de Jesús, Amén.

Todos enfrentan luchas, pero tus luchas no tienen que vencerte. Las luchas en realidad son bendiciones para nosotros como cristianos. Santiago 1:2 al 4 dice: “Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia. Mas tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna.” Dios realmente edifica nuestra fortaleza por medio de las luchas que enfrentamos.

Muchas personas, lamentablemente, juegan y fingen el cristianismo. No cambian sus vidas, no luchan contra la tentación, y no sirven al Señor. Muchos afirman ser cristianos pero rara vez adoran con la iglesia, rara vez oran, rara vez abren sus Biblias, y rara vez dicen no a la tentación y al pecado. Quieren ayuda con sus problemas, pero no están dispuestos a acercarse a Cristo para obtenerla.

Dios quiere que nos acerquemos. Y tienes que acercarte a Él para encontrar esa fortaleza. Santiago 4 y versículo 8 dice: “Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros.” Si tú se lo permites, Dios puede transformar tu vida; pero tienes que permitirselo. Tienes que tomar tiempo para acercarte a Él.

Podemos confiar en el Señor, quien nos ama. Podemos creer cada palabra que Él dice y podemos comprometernos a seguir al Señor. Podemos abandonar completamente nuestros pecados y volver nuestros corazones al Señor. Podemos confesar a Jesús como el Cristo, el Hijo de Dios. Y podemos unirnos con Cristo al ser bautizados en Cristo y levantarnos para andar en vida nueva conforme a Romanos 6 versículos 4 y 5. En el bautismo somos crucificados con Cristo, libertados de nuestros pecados y nacidos de nuevo como hijos de Dios. Podemos servir al Señor sirviendo a otros, mostrando nuestro amor por Dios. La cercanía a Dios es un sentido de misión, es un amor que no muere. Todas estas cosas pueden hacer una diferencia en nuestras vidas.